

# Ricardo III

o las mejores líneas  
son para los malos



El actor Christopher Plummer en una escena de *Ricardo III*. (Fotografía: Hank Walker/The LIFE Picture Collection/Getty Images)

Gerardo Piña

ESTA OBRA FUE ESCRITA en 1591, fue el texto dramático más exitoso de Shakespeare como libro aunque su *best seller* fue el poema *Venus y Adonis*. La obra cuenta el ascenso y caída política del rey Ricardo III. Ricardo inicia la obra como duque de Goucester, pues se coronará como rey hasta el cuarto acto, conspira contra el rey Eduardo IV, acusa de traición a su hermano, el duque de Clarence, y lo manda asesinar mientras está encarcelado. Ricardo utiliza el asesinato como la forma más práctica para deshacerse de sus rivales políticos; también mata al suegro de Lady Anne (viuda de Eduardo), cuyo ataúd transporta cuando éste la convence de que se case con él a pesar de dicho asesinato. Por último, Ricardo asesina a su sobrino Eduardo y a su pequeño hermano, ambos herederos potenciales del trono y niños aún (de hecho estaban bajo la tutela del propio Ricardo tras el asesinato de su padre). La madre de Ricardo y la reina, viuda de Enrique VI, maldicen a Ricardo y le auguran un final terrible.

Quedando como el único heredero inmediato posible al trono, Ricardo finge no querer aceptarlo para que el pueblo se lo pida y así es como se corona rey. Buckingham, quien era la mano derecha de Ricardo, no acepta participar en el asesinato de los niños en la torre y decide aliarse con Richmond. Isabel, la hija de Eduardo IV, se casa con Richmond, haciéndolo heredero al trono que usurpa Ricardo. Richmond comanda un ejército para recuperar su trono y en combate mano a mano derrota a Ricardo. Será Richmond quien una de nuevo las casas de York y Lancaster para traer la paz a Inglaterra. Richmond es la némesis de Ricardo y es también un símbolo de la manera de hacer ver a un Tudor (Richmond) como a un salvador y un libertador en la historia de Inglaterra; discurso muy conveniente para la Reina Isabel, pues ella era una Tudor, y para finales del siglo XVI, su dinastía ya estaba en franca decadencia (la reina tenía cincuenta años de edad cuando se montó esta obra y era claro que no podría tener un heredero).

Tillyard (uno de los críticos más influyentes de la obra de Shakespeare en el siglo veinte) consideraba esta obra, al igual que todas las obras históricas del bardo, como un retrato de la historia de Inglaterra. Sin embargo, esta historia también puede leerse como una manera en la que Shakespeare puso en escena una ansiedad política que estaba en boca de todos los ingleses de esa época. ¿Qué va a pasar cuando muera la reina?, ¿cómo evitar una guerra civil? Estas inquietudes nos recuerdan que una lectura de Shakespeare como un simple relator de hechos históricos lo despoja de casi toda relevancia. Shakespeare es considerado por muchos como el mayor escritor en lengua inglesa no sólo por su manera de usar el lenguaje sino por su visión crítica de su entorno inmediato.

La siguiente obra histórica de Shakespeare sería *Ricardo II*; es decir, a semejanza de las sagas medievales (o del siglo veinte como la película *La guerra de las galaxias* de George Lucas) Shakespeare inició este ciclo de sucesiones monárquicas con la última de ellas para rastrear posteriormente el origen de estas pugnas. En la época

de Shakespeare, *Ricardo III*, *Enrique IV*, *Ricardo II* y el resto de las obras históricas eran vistas como autónomas. Nadie pensaba que había un orden adecuado para acercarse a ellas; interpretar una cronología de los eventos de estas obras fue algo que se originó en siglos posteriores (sobre todo en el XVIII). Y sin duda, el siglo veinte fue el que consolidó la necesidad de un orden cronológico para validar cualquier lectura o análisis de las obras históricas —no sólo de Shakespeare, sino de cualquier autor—. Pero si pensamos en cómo eran recibidas las obras de Shakespeare encontraremos algo de su tiempo que se ha mantenido en el nuestro y que sigue íntimamente ligado a nuestra conciencia histórica. Me refiero a que *Ricardo III*, con su protagonista sádico y asesino, es una tragedia y, como tal, está destinada a que el público tenga empatía con su personaje principal.

Una tragedia es una historia que cuenta cómo alguien que alguna vez vivió en prosperidad de pronto cae fatalmente, y eso es *Ricardo III*. Nos cuesta trabajo verla así porque el héroe no es precisamente un modelo ético. Sin embargo, desde una perspectiva formal lo es. Para derrotar a Ricardo hará falta que aparezca un héroe superior y la obra nos arroja a un Richmond, un personaje insípido y anodino, una suerte de *deus ex machina*<sup>1</sup>. Para comparar la importancia de ambos personajes pensemos que los parlamentos de Ricardo III ocupan el treinta y dos por ciento de la obra, en comparación con el cuatro por ciento de Richmond. Y no sólo se trata de cantidad sino de calidad. Aquí el inicio de la obra con el propio Ricardo (aún duque de Gloucester):

GLOUCESTER.- Ya el invierno de nuestra desventura se ha transformado en un glorioso estío por este sol de York, y todas las nubes que pesaban sobre nuestra casa yacen sepultas en las hondas entrañas del Océano. Ahora están ceñidas nuestras frentes con las guirnaldas de la victoria; nuestras abolladas armas penden de los monumentos; nuestros ruidos alertas se han trocado en alegres reuniones; nuestras temibles marchas en regocijados bailes. El duro rostro del guerrero lleva pulidas las arrugas de su frente; y ahora, en vez de montar los caparazonados corceles, para espantar el ánimo de los feroces enemigos, hace ágiles cabriolas en las habitaciones de las damas entregándose al deleite de un lascivo laúd. Pero yo, que no he sido formado para estos traviesos deportes ni para cortejar a un amoroso espejo; yo, groseramente construido y sin la majestuosa gentileza para pavonearme ante una ninfa de libertina desenvoltura; yo, privado de esta bella proporción, desprovisto de todo encanto por la pérfida Naturaleza; deforme, sin acabar, enviado antes de tiempo a este latente mundo; terminado a medias, tan imperfectamente y fuera de la moda que los perros me ladran cuando ante ellos me paro... ¡Vaya, yo, en estos tiempos afeminados de paz muelle, no hallo delicia en qué pasar el tiempo, a no ser espiar mi sombra al sol, y hago glosas sobre mi propia deformidad! Y así ya que no pueda mostrarme como un amante, para entretener estos bellos días de galantería, he determinado portarme como un villano y odiar los frívolos placeres de estos tiempos.

De hecho, Ricardo III es el personaje que tiene más parlamentos de todas las obras de Shakespeare con la excepción de Hamlet (treinta y siete por ciento, seguido por Macbeth con un veintinueve por ciento y el rey Lear con un veintidós por ciento de la obra). Por otra parte, Richmond es mencionado en la obra hasta el

<sup>1</sup> Es decir, un personaje que aparece de pronto para resolver el conflicto dramático de una manera inesperada; el término fue acuñado por Horacio como algo que debe evitarse en una obra.

cuarto acto y aparece en escena en el último acto. La personalidad de Ricardo III es tal que su ambición por obtener y conservar el poder no podrían terminar con el equilibrio de una fuerza (un personaje) capaz de contrarrestarlo. Shakespeare recurrió entonces a la trama histórica para ponerle fin, aunque ello involucrara echarle un balde de agua fría al público, quien pese a todo quiere que Ricardo III se salve, pese a las condenas e insultos hacia él, como éste de la Reina Margarita en la tercera escena del primer acto:

El actor británico George Hayes caracterizado como el rey Ricardo III durante un Festival de Shakespeare en Stratford-Upon-Avon en 1925. (Fotografía: General Photographic Agency/Getty Images)



REINA MARGARITA. —¡Atrás, perro! ¡Forzoso te será oírme! ¡Si el Cielo te reserva calamidades tan horribles que sobrepujen a las que imploro para ti, ¡oh!, que las retenga hasta que maduren tus pecados y arroje entonces sobre ti su indignación, perturbador de la paz del mísero universo! ¡Que el gusano de la conciencia roa sin descanso en

tu alma! ¡Que mientras vivas, tus amigos te sean sospechosos de traidores y tengas a los traidores más pérfidos por tus mejores amigos! ¡Que jamás cierre el sueño tus aviesos ojos, a no ser para que una horrorosa pesadilla te espante con un infierno de horrendos demonios! ¡Desfigurado por el espíritu del mal, aborto, cerdo, devastador, sellado al nacer para esclavo de la Naturaleza e hijo del Averno! ¡Oprobio del vientre pesado de tu madre! ¡Engendro aborrecido de los riñones de tu padre! ¡Andrajo del honor! ¡Te detesto!...

La inevitable empatía que el público tiene con un personaje más que reprochable moralmente no era ni por asomo un tema para los isabelinos, pero sí lo fue en la era victoriana, donde esta obra casi no se representó y, al hacerlo, fue notablemente censurada. En la actualidad es común este mismo vínculo cuando se enaltecen las acciones de ladrones astutos, asesinos seriales o narcotraficantes (en canciones, películas, novelas, poemas, etcétera). ¿Afecta nuestra conducta esta empatía? ¿Dice algo sobre nosotros o sobre el autor? ¿Sabemos sopesar los recursos formales, políticos y éticos de una obra? Leer o releer *Ricardo III* puede ser una buena manera para comenzar a responder estas preguntas. ■■■